



CASTILLO DE VILVERDE EN LUNA.

A distancia de una legua y hácia el N. de la villa de Luna, encoéstrase este castillo y parte de su antigua fortaleza llamada de Villaverde; siendo su situación en un pequeño valle á la márgen derecha del río Arba de Biel.

Fué conquistado de los moros por el rey de Aragon D. Sancho Ramírez en el año 1091, al propio tiempo que lo fué dicha villa y el castillo de Obano, del que ya hablamos en otra ocasion; todavía conserva una severa perspectiva, y se halla construido de macizos sillares; en sus alrededores se conservan vestigios de una antigua poblacion.

J. A.

UN ESTRANJERO EN VERGARA.

En una corta poblacion de un condado interior de Inglaterra, cuyo nombre por lo revésado no acierto á pronunciar ni á escribir, se enterraba, con las ceremonias prescritas en el ritual anglicano, un respetable ochentón, de buena pasta, de rentas pingües, cuidadoso de

su hacienda, tan chapado á la antigua, que conservaba todavia su coleta, una de las pocas que en el reino unido quedaban en el año de gracia de 1839; y tan enemigo de novedades, que, segun fama del país, la causa de su muerte fué el harrinche que le dió al leer uno de los discursos de lord Clarendón sobre la reforma de la ley de cereales.

Heredábale su sobrino M. Bloodman, hombre de unos treinta años, de grandes molletes, ojos hundidos, vista fija, cráneo prominente en la parte superior, á manera de pan de azúcar, cuerpo pequeño, piernas cortas y terrible muñeca.

De la pérdida del tío, aunque muy sensible y llorada, no tanto le consoló el rico patrimonio que le hacia el propietario mas acomodado del país, cuanto la libertad que al mismo tiempo adquiria; porque, sujeto desde su mas tierna edad á las rarezas del difunto, no habia podido dar suelta á las propias, que, aunque de otra calaña, no eran menos estravagantes, y por efecto de la misma contradiccion crecian y se arraigaban. Todo su deleite consistia en las escenas de horror. Al tomar la Biblia, deteníase en la descripcion de aquellas degollinas en que anduvieron los israelitas, hasta que lograron establecerse en la

20 DE AGOSTO DE 1834.

tierra prometida; subarabábase en la locura de los bárbaros tormentos que á los mártires cristianos hacían sufrir sus implacables persiguimientos; disputaba con el diácono del pueblo acerca de la esclavitud que sobre todos los demás debía concederse al libre segundo de la Eneida; y en llegando á la historia de su patria, perdía el juicio con el asesinato de los hijos de Eduardo el V, y con aquel flujo de hacer decapitar á sus propias mujeres que se apoderó del ánimo de Enrique VIII. Shakspere fué su autor favorito, hasta que conoció la escuela de los románticos modernos, cuyas obras (especialmente las dramáticas) consideraba como un gran paso dado por la literatura del siglo, y el *non plus ultra* del ingenio humano.

No había dula en todo el distrito en que no se ofreciese á ser padrino, ni moribundo á otros últimos momentos no quisiese asistir, ni operación quirúrgica á que no solicitase ser convidado, como si se tratara de un festín. Las únicas cosas que usaba con los niños consistían en hacerlos desternillar á puras coquillas; andaba jornadas enteras para ver una rifa de gallos ó de bojesdores. Una sola vez había visto ahogar, cuando estaba en Londres, á unos peñinos de su tío, y le dió tal comexon por probar á qué sabía toda aquella manobra, que restituido á su casa, quiso colgarse de una viga, previniendo á un criado que corriese el cordel cuando conociese que la fiesta iba de veras, condescendencia que no quiso tener el honrado James, antes bien le aflojó su floco pensamiento. Andábase su tío muy á la usua para que no diese alguna campaña, y mas cuando supo que había proyectos de escapatoria, hasta que entre persuasivo y amenazador le hizo prometer que no le abandonaría en sus últimos días.

Pero dueño ya de sí mismo y sin ninguna obligación, no quiso perder un instante hasta llevar á cabo el extraño plan que había concebido y al cual se había muy de antemano preparado. «Qué treinta años tan mal empleados! decía para sí: no he visto todavía un reo en cárcel, ni esa máquina ingeniosa que llaman guillotina, ni he llegado á comprender el modo que tienen de empalar los musulmanes, que tengo para mí debe de presentar variados lances. ¿A dónde me dirigire? ¿A España! Sí, á España, país clásico de las sensaciones trágicas, país de donde cuentan maravillas; allí donde arde la guerra civil mas encarnizada, donde se ve la lucha de dos barbaries contra una civilización. Allí verá yo si son positivas las ludezas que nos cuentan los periódicos; allí verá las corridas de toros, en que el público sibba y se desespera si el lidiador no se deja dar una cornada; allí presenciare el auto de fé que dicen está preparando en Oñate el obispo de León; allí verá las saturnales revolucionarias y los soldados que se meriendan á los niños fritos con pimientos y tomates.» Así discurría nuestro Mr. Bloodman, como discurren, poco mas poco menos, muchos extranjeros, y entre tanto, para ponerse al corriente en la lengua española, escribió á un amigo suyo de la legion inglesa, en comision en Madrid, que le remitiese alguna obra de gusto.

El amigo, que tendra sus puntas de socarron y conocia de qué pié captaba su comiente, le envió los doce tomos de la *galeria fínebra de espectros y sombras ensangrentadas*, de lo cual podemos inferir qué bien ensouando ealdra nuestro héroe, así en nuestro idioma, como en nuestro carácter y costumbres, que creía fielmente representadas en aquel tremelundo festo.

Por lo referido, creeran nuestros lectores que mister Bloodman era hombre de perversas entrañas, y mas cuando sepan que en su proyectada expedicion se proponia no ser meno espectador, sino tomar parte en la contienda, uniéndose al bando que de mayor ferocidad le diese muestras. Pero nada de esto era el hombre mas compasivo y dadivoso: sentía lo que no es de síble al ver padecer á sus semejantes; sudaba, lloraba, se estremecía; hubiera dado su vida para aliviar el dolor ajeno; mas, por un fatal sentimiento de curiosidad desordenada, experimentaba cierta fruicion en sus propios tormentos; anomalía inexplicable de la naturaleza, cuyo principio existe sin embargo, y que cada uno habrá advertido en sí mismo, aunque menos gradado, si alguna vez ha querido analizar las sensaciones de su alma en determinadas circunstancias de la vida.

El objeto de Mr. Bloodman al escoger entre los dos partidos el mas opuesto á sus sentimientos, no era gozarse en sus actos de barbarie, sino impedirlos con su autoridad si tanta llegaba á lograr, ó templarlos con su celosa mediacion, si como no dudaba encontrarse aun entre los españoles hombres accesibles á sus filantrópicas razones; y sin escatrar otras que las que su insalvable propósito le sugiriera, despidiéndose con ternura de la ya cerrada tumba de su tío, salió al día siguiente para Falmouth, embarcóse en un vapor, y ya le tenemos en Bilbao.

Llegaria sobre el 27 ó 28 de agosto: la ciudad estaba conmovida con los primeros anuncios de la próxima paz por medio de una reconciacion: todo el mundo se preguntaba, y se hablaba al oído: unos afectaban ignorar para saber, otros afectaban saber para ser tapidos en algo; pero la verdad del caso es, que nadie sabía y todos dudaban. Malá espina le dió á M. Bloodman tanta misterio. «Ya os conosco,

españoldis, decia, ya os conosco: queréis engañaros mutuamente, y echar los brazos á vuestros enemigos para ahogarlos como Anles.» Pero lo que le desesperaba era no encontrar en Bilbao lo que se había figurado: nadie se peleaba ni se acuchillaba por las calles; no había habido una sola ejecucion en mucho tiempo, y fuera de aquella ansiedad que se pintaba en los semblantes y se descubria en los ademanes, todo estaba como una bolsa de aceite. No era esta la España que buscaba: era preciso encontrarla en lo interior; y al intento fué á proporcionarse una caballería para el cuartel general.

—¿Para el cuartel general? le preguntaron, ¿para cuál de ellos?

—Ma es indiferente: para cualquiera de los dos.

No se necesitaba mas para creer que el tal inglés era un emisario de lord Palmerston para dar la última mano al convenio que se suscribía, y ello bastó para que el alquilador, famoso olfateador de noticias, pudiese á su disposicion la mala menos listada de cuantas en la ciudad leuia, amen de un mozo muy listo y despejado, como que en mejores tiempos había estado contrabandeando en los confines de las provincias Vascongadas y las de Castilla, hizo al extranjero con mucha soma, mientras estaba aparejando su bestia, varias preguntas que no fueron contestadas, tal vez por no ser entendidas á causa de la endiablada construcción vascongada con que el curioso preguntador las salpicaba: nuevo indicio de la secreta comision que en suena hombrina se suponía; pues si quieres, lector carísimo, ser tenido por gran diplomático y hombre de tráfiedda, áu ludeas que hacer otra cosa mas que no contestar á las impertinencias. Tal fué el origen de la voz que desde Bilbao se extendió por el resto de España y despues por todo el mundo, de que conuio sucesión hoy hace catorce años fué obra del gobierno inglés, y el origen de aquellas interpolaciones que meses despues en el Parlamento español sobre el particular el bueno de lord Londonderry al ministro de Negocios extranjeros.

El trato era á compañía á M. Bloodman tres jornadas tierra adentro por la direccion que el mismo escogiera, é indicaría al mozo, á medida que fuesen andando y tomando leguas; con lo cual se fué muy contento por aquellas quebras de andas, antojándosele cuadrillas de foragidos los hombres que estaban trabajando en el campo, y ahorcados que perreaban los espantajos que el viento hacia mover. Así anduvieron, el uno pensativo y el otro cantando, hasta que al otro día dió la mula tal tropiezo, y lastimóse tanto de ambas manos, que no le fué posible dar un paso mas con todos los francos y malos palabras del mozo, á quien no tanto pesaba la mala cuenta que de su hacienda iba á dar al amo, quanto el no poder cumplir el encargo que con el mayor misterio le tenía hecho de contarle co por he cuanto hiciese á dijese aquel caballero hasta el término de su viaje.

Bianqueba no lejos de allí una casa, cuyos moradores con la mayor amabilidad solicitaron á ofrecerse á los cuidados caminantes en cuanto hubiesen menester. Hé aqui la hospitalidad de los franceses del desierto, dijo para sí levilin, que capota al sayo no llevaba, Mr. Bloodman; y levantando la voz, con caballo, exclamó, un caballo es lo que necesito. «Caballo no podemos ofrecer á vuestra merced, dijo el que parecia ser dueño de la casa; no es fácil encontrarlo despues de tanta requisa; pero aquí tenemos un buen horrico, que en tal aprieto podrá servir á vuestra merced, quien se valdrá de él como gustare; y si ségun parare, va huyendo de algunos persicion, no le preguntaremos quien es ni de quien huye; y en la otra vida, cuando nos veamos, ajustaremos esta cuenta.» Asombrado quedó el buen inglés al ver tal nobleza, y con las lágrimas en los ojos agradeció la oferta; mas no quiso aceptarla sin satisfacer el servicio que se le hacia, como lo verificó con largueza; y cuando saltaron el animal y vió sus bríos que podían competir con los de un potro muy regular, quiso doblar la paga, aunque no pudo vencer la resistencia que se le oponía.

A esto acartaron á pasar dos jóvenes montados en tendos caballos, y uno de ellos, que por su traza denotaba ser el superior, oyendo que el caminante se proponia dirigirse al cuartel general, le ofreció contentemente acompañarlo, supuesto que llevando el mismo camino ninguna incomodidad se le fregaba. Aorovechó Mr. Bloodman tan buena coyuntura, y sin tardanza hizo á las espaldas al horrico, que tomó un trocillo largo tal, que debió detenerlo para emparejar con sus compañeros.

Era el mozo arrogante mozo, de facciones dulces y suavemente graciosas, aunque testadas del sol y sombreadas por espesas pañillas y tremendo bigotes iba armado de largo sable, carabina y dos pistolas en el tron: colgábasele dos charreteras muy echadas hacia atrás, que mas que adorno de los hombros eran azotes de las espaldas. El otro, tambien gallardo, aunque de aspecto mas basto, sin insignia de grandalguino, llevaba además una lanza sin banderola, y sin mantenerse á respetuosa distancia, cuidaba de contener su caballo alineando su cabeza al estribo del otro.

—¿Qué lástima de hombres! pensaba Mr. Bloodman. Tan fuertes, tan bien parecidos, tan obsequiosos; y luego, en atufándosese las narices, son unos demonios encarnados. A todo esto no sabía si se ha-

me asociado con carlistas ó con isabelinos, y andaba discurrendo cómo entretener descubriendo terreno sin comprometerse antes de tiempo, en cuyo caso corría el riesgo de ser asesinado, abierta qué no le cruzaba tanta pena como ver perdidos todos los servicios que con ayuda de Dios pensaba prestar á la humanidad. Por fin, para decir algo y no pasar por descortés, rompió el silencio de esta manera:

—Dígame me confunda, señor, si no hay en España los mejores boricos de toda la cristiandad.

—Aun no los ha visto Vd., todos, contestó al de las charreteras, son animales muy apreciados en esta tierra.

—¿Y en la de Vd. dijo el de la lanza, algo amoscado por lo que creía indirecta; pero á una mirada de su jefe se cerró la boca y retardó el paso del caballo para ponerse detrás.

—Vd., según parece, señor inglés, viene á favorecernos con su visita, para ofrecer sus servicios á don Carlos.

—Puede ser.

—Pues en este caso, me parece que puede Vd. volvernos por el mismo camino.

—¿Y si viniera para ofrecernos á doña Isabel?

—Lo mismo digo: no es menester que Vd. se incomode. Aunque viniese ahora el mismo lord Elliot, tendría que volverse con el rabo entre piernas.

—¿Qué gente! ¡qué gente! Si vienen á ayudarnos, así: si vienen á ponerlos en paz, peor: pensó entonces Mr. Bloodman: ¿quién es capaz de entenderlos?

—Sí, sí, dijo el de la lanza, que había vuelto á adelantarse: si el corazón no me miente, harlo será que anochezca el día de hoy sin que hayamos hecho una española en grande.

—Dios me asista! murmuró Mr. Bloodman: una española! ¡y no como quiera! ¡sino en grande!

Ya conocerán nuestros lectores que en el diccionario del murmurante española era sinónimo de barbaridad.

—¿Y qué quieren Vds. hacer? preguntó.

—Lo que queremos hacer, contestó el oficial, mejor es que Vd. lo vea que no que se lo cuenten: así que, si no le disgusta nuestra compañía, más vale que no vuelva Vd. grupa, como antes le aconsejé, sino que se venga, ya que el trecho no es largo y la función será estupenda.

—Lo mismo creo yo, dijo el otro, si Dios y la Virgen nos amparan, señor Verdugo.

Oyendo Mr. Bloodman el nombre de Verdugo, é ignorando que es un apellido muy corriente y no plebeyo en España, se horrorizó, dió un respingo sobre su silla, y volvió á murmurar: «¡Estos frescos, vive Dios! Con buen par de piezas he venido á juntarme! ¡El verdugo! ¿Eh? ¿esta es la prisa que llevan? ¡Y van á hacer una española! ¡Y la función será estupenda! ¡Ay, ay, ay, ay!»

Y luego, repuesto de su primera sorpresa, continuó: «Peró yo he de poder poco, ó no saldrá con la suya. ¡No faltaba más! Voy á fingirme de su oficio; voy á pedirle por favor que por una vez sola me permita sustituirle. No querrá: me exigirá dinero,.... ¡y bien! se lo daré; pero me entregarán las víctimas: podré hacerlas escapar, y lo haré á costa de mi vida si es preciso,.... ¡Y si ni aun así es posible!.... Entonces,.... entonces,.... cómo ha de ser! haré de tripas corazón: me ingeniaré en despacharlas pronto: las haré padece! lo menos que sea posible, y Dios las reciba en el Paraíso. No dejarán de presentarse otras víctimas y otras ocasiones en que mi sacrificio no sea inútil».

—Señor verdugo de mi alma, dijo entonces levantando la voz y enarandose con el oficial, según voy viendo Vd. lleva una importante comisión.

—No puedo negarlo; pero ruego á Vd. me permita no ser indiscreto, ya que luego,....

—No tenga Vd. cortadía, amigo mío. Aporradamente habla Vd. con un hombre que no participa de las preocupaciones del vulgo en punto á ciertos ministerios instituidos para el bien de la sociedad, sin los cuales no habría seguridad envidios ni haciendas.

—Díme á Vd., caballero, que no comprendo una palabra. El asistente tampoco está en lo que iba á parar toda aquella retórica, y separándose del oficial fué á ponerse al lado del inglés, quien prosiguió:

—No se haga Vd. el desentendido, señor verdugo, que yo conozco á Vd., y para que me conozca á mí como es de razón, no tengo reparo en decir que ejerzo en mi tierra la misma profesión que Vd. Por lo tanto, si Vd. lo lleva á mal, quisiera merecerlo el favor de,....

Esta conversación fué interrumpida al acabar de pasar un desfiladero por la vista de una multitud de cuerpos de tropas que de todas partes acudían al parecer á un mismo punto. El de las charreteras y el de la lanza se miraron mutuamente, y sus rostros tomaron una expresión de alegría difícil de describir. El inglés continuaba hablando, pero no era oído.

—Martin, exclamó Verdugo, ¡todavía llegamos á tiempo! y dando con las espuelas al caballo se adelantó á galope.

—¡Todavía! dijo Martin; y corrió á alcanzar al delantero juntando las manos y levantando la vista como quien daba gracias al cielo.

—Señor don Verdugo! gritaba Mr. Bloodman, dando al boricó una puñada destommal en el cuarto trasero, qué le hizo tomar una razonable carrera. Por Dios ruego á Vd. me atienda por un momento antes de la ejecución de su obra.

Peró todo en vano: el redoble de centenares de cajas, el clarín de otros tantos clarines, habían retembalar los vecinos montes: los grupos que se veían avanzar á paso redoblado, empezaron á correr desalentadamente, y al doblar de una revoelta que formaba el camino, se presenta á los ojos de M. Bloodman el cuadro mas magnífico. Era el campo de Vergara: brillaba el sol del 31 de agosto. Dos ejércitos se hallaban formados en masa á pocos pasos uno de otro: el estruendo de los bélicos instrumentos había cesado: la voz de un hombre resonaba tan solo, voz que todos procuraban oír, pero que penetraba con mágica fuerza en el pecho de los mismos á quienes sus articulaciones no alcanzaban, cuando de repente las dos líneas formidables se adelantaban con el ímpetu del choque mas violento: un clamor universal llenó los aires, por donde vuelan entre la repentina polvareda millares de bolinas de todos colores.

—¿Qué insano furor os precipita, fratricidas españoles! exclama M. Bloodman corriendo á mas no poder; y sin encomendarse á Dios ni al diablo, tremele por lo mas recio de la confusión, derriba á dos con el hocio de la rebalgadura y á cuatro con los puños del gueto, hasta que una y otro caen á su vez, pisoteados y magullados por la muchedumbre que sobre ellos cargaba.

Sin sentido quedó el bueno de Bloodman, con dos chichones en la cabeza, y todo el cuerpo hecho una miseria, y cuando volvió á su acuerdo se encontró con su amigo el capitán Verdugo y otros muchos que le estaban prodigando los más eficaces auxilios.

—¿Cuántos muertos? preguntó al abrir los ojos.

—Ninguno.

—¿Y las cabezas que he visto por el aire?

—Eran las gorras de los soldados.

—¿Cuál de los dos ha sucumbido pues?

—Nadie.

—¿Y por quién ha quedado el campo?

—Por España.

—¿Y don Carlos?

A esto respondió el capitán con una mueca significativa, y haciendo chasquear el dedo pulgar con el del medio.

—¿Y mi boricó?

—Aquí está bien mal parado por las locuras de Vd.

—Pues venga acá, que yo he concluido mi comisión. Con Vds. no se puede hacer carrera. E incorporándose repentinamente se empujó en que se lo trajesen; montó en él, y cerciorado de la verdad de cuanto se le había dicho, no hubo forma de detenerle á tomar parte siquiera en la alegría común. Solo pudieron reducirle á recorrer el campo que presentaba un aspecto singular. ¿Quién podrá describir aquellos abrazos, contar aquellos lágrimas? ¿Quién es capaz de delinear aquel cuadro sublime?

Cien mil soldados habían colocado las armas en pabellones, y mezclados y confundidos se recordaban las batallas en que hicieron prodigios de valor: los generales y oficiales corrían á encontrarse, y se preguntaban con el interés de antiguos camaradas, que se reunían despues de veinte ó diferentes campañas: asentábanse en los pechos las cintas de San Fernando ganadas tal vez con igual justicia en la misma acción; mezclábanse en los grupos innumerables paisanos de todas clases, y no se oía más exclamación que la de esos españoles, y como españoles nos hemos portado hoy; ¿quién puede con nosotros? ¿quién resistiría á los ejércitos reunidos?... M. Bloodman, estático y asombrado, miraba en derredor y no se atrevía á mover lo que sus ojos contemplaban. Por fin, corrido al ver el inesperado éxito de su malograda empresa, volvió de repente el boricó, y quitándose el estropeado sombrero de paja con la misma destreza que empuñaba el ramal,

—¡Adios! dijo al despedirse. ¡Feliz nación, en que tan encarnizados odios se truecan de repente en fraternidad! Tú tienes en tu seno los elementos de la bienaventuranza.

Y picando su rebalgadura se volvió por el mismo camino. No ha regresado todavía á su pueblo; y su apoderado no ha recibido desde entonces mas noticias que el aviso de una letra de cambio del importe aproximado de sus rentas, librada á la orden de un judío de Larsche. De esto infirieron algunos que fué á hacer una visita al célebre Ah-el-Kader.

MARIA.

DEDICADA.

A DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,

COMO PRENDA DE GRATITUD Y DE RESPETO,

POR

PABLO GAMBARA.

La mujer es la parte accesorio de la
sociedad.

MARRÉ.

I.

Serán las diez de la mañana de un hermoso día de abril; ninguna nube manchaba el diáfano zafiro de los cielos, y el aire era templado y rico en aromas. En estos días el hombre, como las plantas, parece nutrido con una sávia vivificante, y reanimado con el calor de la amorosa llama de la primavera; su razón está despejada como el ambiente, su imaginación florida como los prados, la fuente de la ternura corre de nuevo en su corazón como un torrente helado durante el invierno, que desatan los rayos del nuevo sol. En estos días los poetas podrían encontrar en la lira de su alma melodías divinas, acantos mágicos que revelasen su celeste origen; la fórmula quizá de los sentimientos vagos y misteriosos, de las aspiraciones inesplicables que procuran en vano hacer comprender á los demás hombres; pero en estos días los poetas gustan más de recorrer los campos que de pintarlos, de sentir que de sentir, y la imaginación no sufre nunca la tiranía. Caprichosa como una mujer, se obstina en no hacer lo que desea cuando se la impone como un deber. El poeta en estos días no puede escribir.

D. Félix de Aguilar tocaba esta dificultad prácticamente en el día á que nos referimos. Sentado en su gabinete delante de su mesa, con la pluma en la mano y el papel dispuesto para escribir, no aceptaba siquiera á comenzar un período; sus recuerdos felices, los ensueños dorados de la aurora de su vida, sus mágicas esperanzas, venían á turbarle como las vaporosas imágenes de sus tentaciones á los padres del yermo en medio de su oración.

En medio de estos animados recuerdos se destacaba el de María, una mujer hermosa como un ángel, tierna y enamorada como la amante que nos fingimos en nuestro primer sueño de amor, y cuya memoria divina anula tantas veces nuestros placeres posteriores. Esta mujer, que Aguilar había encontrado en su camino como una flor celeste escondida entre sus hojas, solo para él había abierto su edén virginal embriagándole durante un día con sus exquisitos aromas; pero si la olvidó pronto por un nuevo amor; la volvió con su planta indiferente, y solo hoy, que para él estaba perdida sin remedio, solo hoy le recordaba con melancólica placer.

Aguilar, después de luchar en vano con este recuerdo que ya le murmuraba al oído una palabra de amor, ya se le presentaba en el aire como una súplica, sonriéndole y mirándole con sus celestes ojos, que revelaban al alma un mundo de poesía purísima y tierna; después de intentar en vano aprovecharle para su obra, conoció que su empeño era inútil; dejó la pluma en el tintero, se quitó su bata, tomó la tapa, y salió á pasear las calles de la pintoresca Sevilla.

Se me había olvidado decir que todo esto pasaba en Sevilla en el año de 1844. Aguilar, hijo de aquel país, había vuelto á él después de largos años de ausencia, años en que, sostenido por la ambición del genio y la fé que le auxilió en las tormentas y calamidades de la vida, como un ángel guardián, había sostenido en la corte esa lucha terrible, para la cual se necesita un alma de héroe y una paciencia á prueba, que precede casi siempre á la celebridad; había conquistado la gloria de las letras, la más difícil de conquistar de todas las glorias, y de todas las queridas la menos fiel y la más caprichosa. Para los que conocen esta lucha sería incomprensible el valor de los que la soportan, si no conocieran también la tiranía de la imaginación del poeta, á cuyos halagos, á cuya coquetería, digámoslo así, es imposible resistirse aunque exija por una caricia la vida, el reposo, la felicidad. Además de que esta vida tormentosa tiene también sus encantos como la del juego, cuyas emociones violentas causan cierto placer, aun cuando son dolorosas para las almas de cierto temple, para quienes el reposo es la muerte.

Aguilar poseía ya la gloria, la gloria miserable que se alcanza en España, y que no vuela más alto que hasta el Pirineo; pero había bebido en su copa de oro sus filtros envenenados que le corrotan las entrañas, y la adoraba y la maldecía al mismo tiempo. Muchos le envidiaban viendo la corona de su frente; pero él solo sentía sus aceradas espinas.

Sevilla es la ciudad de los recuerdos como Toledo, y el jardín de los amores como Granada. Sentada á la orilla del Guadalquivir en el sitio en que este, desfilándose por entre dos vegas alfombradas de verde césped y de aromosas flores, une al mar sus aguas,

que se adelanta el Dios del Océano
en su marina conchó á recibir

según la pintoresca expresión de Tassara, Sevilla refleja en las cristalinas aguas de aquel río su corona de reina y su guirnalda de sultana, porque es una población medio árabe, medio nazarena. Árabe son sus calles angostas y tortuosas, sus casas sin balcones y con celosías, su giraldá desde donde el sacerdote gritaba al pueblo en otros tiempos—«No hay más que un solo Dios y su profeta es Mahoma.» Árabe son también los negros ojos de sus hijas, en los cuales arde un fuego solamente comparable con el de su sol y con el que abrasa los corazones de sus hijos; pero son cristianas sus fiestas religiosas; mas opulentas que las de toda España la del pueblo y su catedral donde atesora las obras maestras de una escuela á quien ella ha dado nombre. Recorréd sus calles en una noche tranquila, y todavía oiréis la amorosa serenata; aun encontrareis en todas las calles al galán que platica con su dama en la reja, y á la luz de un exvoto vereis un desafío por una mujer (en Madrid ya sería ridículo) y vereis caer, revolcándose en su sangre, á uno de los combatientes, mientras el vencedor acude á la iglesia á orar por su alma y pedir á la Virgen María que perdone su pecado. Entrad en su catedral, y vereis arrodilladas en sus losas á las jóvenes sevillanas, de creencias mas bien poéticas que religiosas, que no piensan en Dios quizá, pero que sufrirán el martirio por la Virgen María; que han sabido hermanar su fé y sus pasiones, y que regan por las mañanas á Jesús y adoran por las noches al amor. Oiréis á sus predicadores, con el mismo acento andaluz, requebrar á la Virgen como á una querida, porque en aquella tierra feliz el amor está en la sangre, en las auras que se respiran, en los rayos del sol que vivifica la naturaleza. Entrad en una casa, en el corazón de la familia, y os contarán las mas maravillosas leyendas, porque el pueblo andaluz es siempre poeta, poeta original con una imaginación de fuego y un corazón de mujer enamorada, y os contarán las leyendas con un lenguaje tan pintoresco y tan animado, que al retiraros á vuestra casa creereis ver deslizarse un bulfo entre las sombras del estrecho callejón, y vuestros oídos creerdá percibir el crujido de las piedras del rey D. Pedro.

Sevilla es el escenario mas adecuado para el drama romántico, la comedia satírica y la severa tragedia. En Sevilla está la tumba de Don Juan Marana, «el peor hombre que hubo en el mundo según dice el epitafio.» Allí nació D. Juan Tenorio, ese personaje que ha llenado los teatros de toda Europa, que es simpático á todos los pueblos, porque simboliza á la humanidad entera, corriendo siempre tras una felicidad que se le deshace en humo entre las manos; el galán por cuyo amor de una hora un ángel renuncia á su parte de Paraíso, y á cuyos reloxos venden los cadáveres bajando de sus tumbas. Allí cantaba al son de su guitarra, el travieso Figaro, la personificación del pueblo andaluz, alegre en su pobreza, ingenioso, audaz, desgraciado, que trabaja siempre y que nunca logra un verdadero aprecio de las personas que valen menos que él y cuya felicidad ha labrado. Allí por último está aun la tierra manchada con la sangre inocente de Bustos Tavera, derramada por Sanchez Ortiz que no sabe dudar entre su deber y su felicidad, entre su obediencia á una orden del rey y todas sus esperanzas, todos sus ensueños de ventura.

Y para la novela de costumbres, á aquel país ha producido también abundantes materiales que ha aprovechado para sus cuadros radiantes de frescura, y adornados con cierto colorido patriarcal como los de la escuela flamenca el autor ó autora de *Lágrimas*. He dicho autor ó autora, porque aunque este excelente novelista se firma FERNAN CABALLERO, el genio no tiene sexo, y así yo no pondría las manos en el fuego por su masculinidad.

Yo quiero también hablar de Sevilla en un cuento; pero no seguiré la senda de Fernan Caballero, porque no me gusta imitar á quien no puedo igualar, y porque me sería muy difícil describir las costumbres de un pueblo, que lo confieso con rubor, no he visitado nunca.

Mi cuento será mas sencillo; el eco de una fibra del corazón de la mujer, mi dato mas para la fisiología del corazón humano. A su estudio he consagrado mi juventud; á su estudio que coesta por lo menos las ilusiones doradas, los poéticos sueños de la infancia, y el fruto de este trabajo es el que doy al público de algun tiempo á esta parte. Por eso la crítica podrá algun dia atacar la forma de mis novelas, encontrarlas pesadas y mal escritas (¿Qué entiendo yo de eso? Pero no las podrá tachar de falsas, porque son historias; y quien tenga alguna duda venga á preguntarme; yo le conduciré al lado del paciente, cuyo diagnóstico he formado; yo le haré pasar la mano sobre el corazón herido, con cuya sangre he escrito mis páginas. Después de vagar

largo rato por las calles, Aguilar entró en la catedral, donde un rayo de sol penetraba por los pintados vidrios de las inmensas bóvedas, reflejándose; después de cruzar las anchas naves como una sutil niebla de plata dorada en los mármoles y el oro de los altares. La iglesia estaba casi desierta y sumida en ese imponente y misterioso silencio que convida á la contemplación. Solamente en una capilla, dos señoras vestidas de negro y cubiertas con espesos velos oraban arrodilladas ante un altar. En el momento en que Aguilar pasaba por delante de la capilla, estas damas, terminadas sus oraciones, se levantaron y cruzaron por delante de él para marcharse, dejándole ver una de ellas su rostro en el momento en que se alzaba el velo para tomar agua bendita.

Era una mujer como de 20 á 25 años, delgada, de tez de nácar y ojos de azabache. Su nariz era quizá un poco larga; pero este ligero lunar de su hermosura no se echaba de ver en la admiración que producían las demás facciones dignas del cincel de Praxiteles. Su fisonomía tenía un aire de fastidio, sus labios demostraban cierto desden que á primera vista repelia, pero que después subyugaba.

Aguilar se detuvo como herido de un rayo.

—Es ella! murmuró: ¡es mi María!

Y procurando no ser notado salió de la iglesia detrás de las damas determinado á seguirles; le vieron presto, y aunque no la reconocieron porque iba embozado en su capa, teniendo sin duda sus razones para no querer ser conocidas, ápresuraron el paso y echaron á la ventura

por las primeras calles que se les presentaron, procurando así cansarle y desorientarle. El las siguió por espacio de una hora, siempre á igual distancia, y sin dirigirles una palabra ni descubrir el semblante, lo que hacía temer más á las damas, que por esta causa no podían creerle un galán.

Al cabo de una hora, cansado de andar ó desesperanzado de lograr su objeto, desapareció, y las damas caminaron ya más tranquilamente.

—Qué susto me he llevado! dijo la más joven suspirando, como quien se desahoga de un gran peso.

—No había motivo para tanto, respondió su compañera, anciana de 30 á 60 años, de facciones menudas y curtidas, pero de ojos negros y vivos. ¡Qué era en suma todo el lance? Un hombre á quien habías parecido bonita, porque eres como un ángel, y que ballaba más divertido el seguirte...

—Pero, interrumpió la joven, si fuera él...

La vieja pareció acostumbrada á este modo de hablar, pues comprendiendo á quien aludía su compañera respondió: ¡Imposible!

—Pero era aquel su mismo porte, su manera de andar.

—¿Quizá no andan todos de la misma manera? ¿No hay muchos hombres del mismo porte?

—Yo le reconocería entre mil.

—¿Es decir, que aun le amas?

—Yo amarle... no; le aborrezco...



(Puente colgante de Santa Isabel sobre el Gallego.—Pág. 271.)

—El aborrecimiento que sigue al amor, no es en realidad sino el amor bajo otra forma. Tú lo amas.

—¿Después de lo que me ha hecho? No, no es posible; aunque viniera á pedirme perdón de rodillas, no le perdonaría...

En este momento las dos damas llegaron á una humilde casa, en uno de los barrios más retirados, y la más vieja sacando de un bolso un cepo de cerdo que de su brazo pendía una llave antigua y pesada, la introdujo en la cerradura de una vieja puerta, cubierta de clavos, diciendo: Por fortuna ya estamos en salvo.

Y ambas damas entraron en la casa, volviendo á cerrar la puerta.

II.

Aguilar, sin embargo, no las había abandonado. Viendo su aprensamiento y la incertidumbre del camino que tomaban, conoció que le habían visto, y temió que si continuaba siguiéndolas se refugiasen en alguna casa conocida, donde la conversación que deseaba tener con ella fuese imposible ó al menos impropia. Por esta razón, en lugar de seguir marchando detrás de ellas, comisionó á un criado suyo que encontró al paso, para que las siguiese y se informase no solo de las señas de su casa, sino de sus costumbres, género de vida y todas las demás noticias concernientes á ellas que pudiera obtener por astucia ó por dinero.

El criado, que era muy listo, lo hizo todo á las mil maravillas, y

aquella misma tarde Aguilar embozado en su capa llamó á la puerta de las damas:

La puerta estaba entornada, y cedió al primer golpe.

Aguilar entró, y en una miserable sala del piso bajo situado á la izquierda del zaguán, vió á una joven bordando silenciosamente. Sentada junto á una ventana que daba á un ancho patio, le volvía la espalda; pero la voz de su corazón se le dió á conocer. Era la misma joven de la iglesia. Aguilar se detuvo un momento trémulo de emoción; después con los ojos húmedos y el paso inseguro se adelantó diciendo: —María...

Al oír este nombre, y sobre todo esta voz, la joven se levantó rápidamente y se volvió pálida y ruborosa. Sus labios se abrieron para pronunciar un nombre que espiró en ellos.

Aguilar se acercó abriendo los brazos como para abrazarla; pero ella le repelió ruborizándose aun más y diciendo con cierto tono de reina ofendida: —Caballero...

—Es verdad, dijo Aguilar confuso, me olvidaba de que ya los tiempos no son los mismos, y aunado siempre, creí ser también siempre amado.

María se sonrió tristemente y murmuró con incredulidad: —Amado siempre...

—¿Lo dudas? dijo Aguilar, para quien estas palabras eran un rayo de esperanza.

—Nada me importa, respondió secamente María; el lance que unió

nuestras almas está roto; antes fueron una sola, hoy ya son dos; la hoguera del amor se ha consumido en mi corazón, y de ella solo quedan cenizas hechas.

—Pero es el más ardiente más voraz que nunca, dijo Aguilar con fuego; yo no sabía cuánto era mi amor hasta que te desden me lo tu hecho conocer. He sido culpable contigo, muy culpable, pero tengo arrepentimiento y pedirte perdón de rodillas ¡Qué mayor desagravio, qué mayor triunfo para tí? Si hubieras visto las lágrimas que he derramado en tu ausencia, tendrías compasión de mí y me perdonarías.

—Yo he perdonado hace ya tiempo.

—Pero no has olvidado mis faltas.

—Nunca.

—No perdona quien no olvida.

—Hay heridas que no se olvidan jamás, porque dejan una cicatriz eterna en el corazón. La que Vd. me hizo era una de estas. Yo vivía feliz en el seno de mi familia, protegida por la sombra de un padre que me adoraba... De mi madre no tenía sino la memoria, pues había muerto cuando yo era aun una niña... Su pérdida fué el origen de mis faltas. Si ella hubiese vivido, sus consejos y su amor me hubiesen salvado... Vd. me vio, me habló de amor en un momento en que todo, hasta nuestra propia naturaleza, se conjura contra nuestra virtud, y me dejó vencer por sus artificios. Las palabras de mi padre, la oposición de mis parientes, todo lo que tendía á separarme del abismo adonde Vd. me conducía, acrecentaba mi amor; y por último, cediendo á sus instancias, con el corazón lleno de fé, abandoné la casa de mis padres, hollé mi reputación, y paré con Vd. para Cádiz, donde fui olvidada por una mujer de escándalo, por la primera mujer que se presentó. Vd. creía hacerme ignorar sus traiciones; pero una noche estando en el teatro me las descubrió una conversacion de dos jóvenes que no me conocían y ocupaban los asientos inmediatos al mío. Desde entonces juré no seguir representando el infame papel que Vd. me daba. Había conocido mi posición y me avergonzaba de ella. Yo no era más que una querida á quien se amaba momentáneamente. En cuanto llegué á casa, recogí mis ropas, y valiéndome de la ausencia de Vd. vine á Sevilla, donde basta hoy me creía libre de que la vista de quien me deshonró me avergonzase... Estas heridas no se olvidan; son mortales y solo dejan para el placer vive largos años para el dolor.

—Escuchame, María, mi querida María, dijo Aguilar con voz conmovida, tienes razón para estar ofendida de mí, porque he sido infame contigo; pero mi crimen es mayor en la apariencia que en la realidad. Yo te he amado siempre con delirio, y prueba de ello que te amo aun después de dos años de ausencia. Lo que sentí por aquella mujer en cuyas aras creíste que sacrificaba tu fé, no fué amor; fué un capricho pasajero, uno de esos delirios de un día que esas mujeres saben producir y que solo dejan en el corazón el hastío y la vergüenza. Desde aquella noche no volví jamás á verla. No era ella digna del odio con que la has honrado; yo, á pesar de que destruyó mi felicidad alejándote de mí, no he podido hacer más que despreciarla. Sin embargo, te confieso que estás justamente ofendida, y que tienes derecho para no creerme. Por eso al venir aquí no he pensado en pedirte amor, el amor aquel tan dulce y tan tranquilo que me hiciste conocer tú sola, y cuyo recuerdo vivirá eternamente en mi corazón. He venido á pagarte una deuda sagrada. Cuando te conocí era rica, y ahora tienes que ganar tu sustento con el trabajo, el trabajo de la mujer tan fatigoso como mal recompensado... déjame, en nombre del amor que en otro tiempo me inspiró, dejarme proveer á tus necesidades.

Aguilar se detuvo al ver la expresión de altivez ofendida de que se animaba el rostro de María.

—Basta, dijo esta; viene Vd. á ofrecirme una limosna, caballero!

—Pero María!

—O viene Vd. á pagarme mi deshonra como á una infame ramera...

—Pero has comprendido mal mi intención...

—Basta, caballero, basta; aun no me veo reducida á mendigar; pero antes moriría de hambre que recibir un pedazo de pan de manos de Vd. Si ese era todo el objeto de su visita, puede Vd. abreviarla, porque me fatiga.

Aguilar insistió más, pero fué en vano, y al cabo de media hora se retiró ofreciendo á María no volver á importunarla con sus visitas.

Después que se marchó, María que durante su conversacion no había manifestado otro sentimiento que el altivez en su fisonomía, y cuya voz solo se había turbado al referir su historia, permaneció durante algun tiempo sumergida en sus meditaciones. Luego levantó sus hermosos ojos preñados de lágrimas, y fijándolos en un pequeño retrato de su madre que pendía de la pared dijo con un acento de dolor inesplicable:

—Madre mía, madre mía! cuando acariciabas mis rubios cabellos y me besabas en la frente, orgullosa de tenerme por hija, ¡qué poco sospechabas la desgracia que había de ser!

Madre mía, madre mía! perdóname y ruega á Dios por mí!

Aunque por la conversacion que he copiado en el anterior capítulo, habrá comprendido el lector parte de la historia de María, yo estaré de más dedicar algunas líneas á contar su historia pasada, la historia de su falta, cuya expiacion habia de ser tan dolorosa. Este relato será una prueba mas de lo que ya otra vez he dicho, que de las faltas que se culpaa en las jóvenes, la mayor parte son únicamente desgracia, y que el fallo social es absurdo cuando se pronuncia sin atender á lo que todo juez atiende, á la edad, las circunstancias del caso, á los medios de que se vale el vicio para ajar la virtud inocente y candorosa. Nadie culpa á una mujer cuando por un medio material, por la fuerza ó el arretion, se la ha arrecaado su honor. ¿Y no hay medios materiales tan poderosos como los materiales para arrastrar al abismo? Pasemos á la biografía.

No habiéndome hallado en circunstancias á propósito para observar los conventos de monjes, ignoro si será aplicable á ellos lo que voy á decir; pero eruido en un colegio de niñas, he notado que en estas comunidades mundanas hay siempre dos ó tres educandas que, ó por un exceso de sensibilidad en el corazón, ó por el malgastamiento de sus ideas, fruto de la desahogada educacion de sus primeros años, se hallan tan tristes en su retiro sombrío como el preso en su calabozo. Su descontento, como una epidemia, se comunica á otras compañeras suyas, pues desde Luzbel acá no han existido rebeldes sin parciales, y en el seno de aquellas moradas que los estrafios creen guardadas por el ángel de la tranquilidad, los espíritus se dividen en bandos que luchan á silerazos, buscando cada uno con el instinto femenino el lado mas sensible de su adversario para elzarle en siler. Imposible sería dar una idea de estas guerras ocultas á las que no las han presenciado, á los que no han tomado en ellas alguna parte, pues casi todos los golpes se asestian en el silencio: como las puñaladas de los marineros que se acuestan bajo una manta para reñir sobre la cubierta de un buque y que espiran sin que se oya un gemido; otros son inapreciables aisladamente, pero constituyen un tormento horrible por su continuidad, semejantes á la gota de agua que cae sobre el desconocido trazo del sentenciado, ó á la sal molida que en los pueblos amelen sembrar los burlescos en el lecho nupcial de los pobres esposos. Lo cierto es que cuando estas parcialidades se han robustecido durante algun tiempo de existencia, la vida de los que padecen sus ultrajes es un verd' dero martirio.

El padre de María, deseando coronar á su hija de una educacion esmerada y cristiana al mismo tiempo, y desconociendo de los colegios que se han introducido en España, á imitacion de los franceses, de algun tiempo á esta parte, le colocó de pensionista en uno de los de dotacion real que en Madrid existen, y cuya moralidad estaba garantida por la pública opinion.

Este colegio, cuyo nombre caí por innecesario, á causa del desorden que había producido en sus seculares costumbres la pasajera dominacion francesa durante la guerra de la independencia, era á la sazón un campo de Agramante en que ambiciones inéditas, desasos latentes y odios ocultos se combatian con furor, exacerbados por la influencia de la atmósfera revolucionaria, que había penetrado hasta aquel retirado asilo. ¿Quién lo diría! Aquellas educandas, para quienes la política era una ciencia tan oculta como la magia, aquellas ancianas que vejetaban hacia 40 á 50 años en su celda colegial, sin leer mas libro que en el calendario y el año cristiano, se armaban como amazonas, y luchaban á muerte por la libertad y el absolutismo.

Estos curiosos episodios de la vida humana, hábilmente aprovechados por un escritor, le darían una reputacion tan éterea, cuanto puede ser la gloria humana, porque nuestro siglo es uno de los mas importantes de la historia de España, uno de los que la posteridad estudiará con mas cuidado. El há quebrado la cadena de nuestras tradiciones, ha derribado los altares de los antiguos ídolos, y ha remudado casi todas las costumbres. Los siglos pasados, si levantásemos la cabeza de su sepulcro, no le reconocerian por su hijo; los siglos futuros acaso negarian que sea su padre. En él ha empezado una nueva era, y aun cuando pase sin dejar en pos de sí ningún rastro como un meteorito de fuego en una noche nublada, aun cuando, lo que parece imposible, se encierre todo él en una tumba, la posteridad se sentirá curiosa de conocer á fondo este parentisis de la historia de España, este interregno de las creencias y de las ideas de otros tiempos. Y buscará las costumbres, no en las crónicas, porque allí solo quedan las costumbres políticas, sino en las memorias y las novelas. ¿Acaso hallamos en otra parte las de los siglos pasados?

(Continuá.)

PUENTE COLGANTE DE SANTA ISABEL.

Este bonito puente colgante se inauguró el día 19 de noviembre del año 1844, bautizándole con el nombre de puente de Santa Isabel: se encuentra á distancia de tres cuartos de hora de Zaragoza en direccion del E. sobre el rio Gállego, sirviendo de paso á la carretera de Cataluña y parte del alto Aragón. Tiene 491 de pies de longitud y 23 de anchura: es como se ve de una sola tramada, y está sostenido con soportes de hierro colado móviles en su base; tanto los cables como las péndulas son de hilo de hierro francés del número 18. El piso del puente está formado por un doble tablado que consiste sobre viguetas de madera, las cuales están sostenidas en ambos extremos por las péndulas que en su extremidad son de hierro, y se hallan dobladas por la punta en forma de gancho: la construcción de este puente fué encomendada al ingeniero francés Mr. Luis de La-Martiniere, cuya obra después de inaugurada subsistió algo mas de cuatro años, pues con motivo de una grave avenida acaecida en el año 1849 se destruyó el estribo izquierdo del puente arrastrando por consiguiente toda la obra: provisionalmente se hizo un pequeño de madera, y en el año inmediato de 1850 ya se hallaba otra vez en pie el nuevo puente. Todavía se conservan en su inmediación los desmembrados restos del antiguo, y en la orilla izquierda de aquel rio está la grandiosa fábrica de harinas que consta de diez y seis muelas movidas por una turbina, y es propiedad de los señores Villarroya y Castellano.

ESTABLECIMIENTO DE UNA PAJARERA.

Lo primero que hay que considerar al establecer una pajarera, es la posicion del terreno en que se construye. Se debe elegir un sitio seco muy tranquilo, lo mas separado posible de los parajes mas frecuentados del jardin en que se construya, al abrigo de los vientos reinantes en el pais, cara al oriente ó mediodía, y si no es posible al poniente; pero nunca al norte.

CONSTRUCCION.

Debe ser sobre dos postes que la sirvan de base y que la aislen enteramente de la tierra de que se desprende bastante humedad: el piso debe estar enladrillado ó emplamado, mas bien que entarquetado, porque este pavimento no resiste tanto á los ratones y ratas, y además tiene el inconveniente de producir mas humedad; la lámina de plomo es mas fácil de limpiar.

La cara del lado del norte y poniente deben ser de ladrillo cubierto de una capa de hielo, y formar en ella algunos huecos ó separaciones para que las aves puedan refugiarse en ellos durante los grandes calores del estío y los frios del invierno. Las dos fachadas de oriente y mediodía deben estar cerradas por alambreras, teniendo cuidado de practicar en la de oriente dos pequeñas puertas ó aberturas para que salgan las aves, y una puerta grande que se abra hacia fuera que sirva de paso á las personas encargadas del cuidado de la pajarera. El techo debe construirse en forma de tienda para que no presente una superficie plana que retiene mas tiempo la lluvia; pero en el interior debe tener poca elevacion, de modo que no pueda servir de guarida á las aves que tratan de esconderse cuando se acerca gente.

En una pajarera elegante se deben poner cortinas en las dos fachadas de mediodía y oriente, para preservar á las aves de los grandes calores, y plantar el interior de las del norte y poniente representando un paisaje con árboles, y el fondo de azul cielo.

DISPOSICIONES INTERIORES.

Es necesario para aumentar el adorno de la pajarera, conservar cuanto sea posible en su interior muchos árboles que se llaman siempre verdes; y en su defecto, fijar en el suelo, y tener cuidado de renovar muchas veces al mes ramas de árbol que se cuidará de que abunden en los rincones.

Independientemente de este ramaje, se colocan á diferentes distancias para que salten las aves, palos y barritas de hierro fijas á la pared, otros palos sobre estacas perpendiculares fijos y con anillos vacilantes, palillos muy cortos atados por la mitad con bramantes que les dejen moverse, y un palo mucho mas largo sostenido al medio en un pie derecho armado de una vírola como el astil de una balanza, y que deja al palo superior elevarse ya á un lado ya á otro como un pesu, lo que presenta un punto de vista muy bonito cuando una ave mas pesada viene á pararse en un lado y levanta al ave mas ligera que se encuentra á la estremidad opuesta.

LOS NIDOS.

Para proporcionar á las aves medios de hacer sus nidos, es necesario colocar unas cestitas de varios tamaños en el ángulo formado por

las dos fachadas de norte y poniente en los ángulos del techo, en el fondo de las aberturas practicadas en el muro, y á los extremos de muchos de los tirantes. Es menester cubrir algunas de estas cestitas con musgo, con yerba y con hojas, y poner en los rincones de la pajarera montoncitos de hilachas, de cáñamo, de algodón, de grama, de cerda, de heno, de paja, de yedra y de plumas.

ALIMENTO.

Para que coman es preciso colocar á lo largo del muro, y en el suelo, varios cajones proporcionados al grandor de la pajarera y el número de las aves, y en ellos se echa granos de trigo, cañamones, alpiste y paniza.

Tambien se las pondrá en los diferentes rincones de la pajarera algunas golosinas, como mazapan, migas de bizcocho, azúcar y algunas frutas, como cereza, grosella, y algunos gusanillos mezclados con tierra en un vaso.

Si se advierte que las aves esparcen su comida y la desperdician, es preciso tapar durante algunos dias los comederos con una cubertera llena de agujeros, para que las aves puedan comer sin desperdiciarla.

Para que beban, es preciso que esté el agua fresca, y como algunas veces es útil dejar seco el vaso de que vamos á hablar, es necesario poner durante este tiempo en la pajarera abrevaderos de vidrio que dejen caer el agua en pequeñas conchas ó cubetas que no sean bastante grandes, para que las aves puedan bañarse en ellas.

VASO DE BAÑO.

El vaso para bañarse debe estar colocado en medio y en proporcion de la pajarera y del número de aves; pero siempre ha de ser bastante grande para que puedan bañarse muchas á la vez. Como es peligroso para las aves bañarse durante el tiempo de la nidada, entonces se quita el baño, y es la razon por qué hemos recomendado que se pongan pequeños abrevaderos. Es conveniente establecer, cuando hay facilidad, un conducto de agua del exterior de la pajarera, que hace mas fácil renovarla con mas frecuencia, y establecer al mismo tiempo un juguetito de agua que las haga gozar, pero siempre con moderacion aun en los grandes calores: este conducto refresca al mismo tiempo la pajarera, alegra á las aves y produce un efecto saludable.

Es preciso colocar además del baño otro vaso lleno hasta la mitad de salvado muy fino, en el cual muchas aves tienen placer de revolcarse, teniendo cuidado de poner en el fondo un ramo de arbusto con varias ramitas que evite que las aves coben el salvado fuera del vaso, que se procurará además que tenga los bordes grandes.

ENFERMEDADES DE LAS AVES.

No es esta ocasion de hablar detalladamente de las enfermedades de las aves. Diremos únicamente que se concen casi siempre por su estado de languidez, por el poco brillo de sus ojos, por su abstinencia en tomar alimento, por su silencio, y por ciertos movimientos convulsivos de la cabeza, de las alas y de la cola, que indican que sufren las aves. En casi todos estos casos es necesario darles un alimento mas fresco, y para ello se ponen en la pajarera verduras, lechuga anagálide, hojas de rábano, yerba cana, etc. etc.

Pero en general, en lugar de curar las enfermedades de las aves, es preferible procurar evitarlas, y el mejor preservativo es cuidarlas con el mayor esmero. Es pues preciso mudar el agua con mucha frecuencia, renovar los alimentos y tener muy limpia la pajarera; y cuando se cree advertir que hay gusanos en la pajarera, se meten ramas de sauce despues de haberla quitado la médula, teniendo cuidado de sacarla todos los dias para que caigan los insectos que, muy aficionados á esta planta, están escondidos en su interior.

Pero es preciso que todo esto se haga con muy poco ruido y movimiento, sobre todo en tiempo de nidada. Es tambien preciso, si es posible, que sea siempre una misma la persona encargada de limpiar la pajarera, y no debe entrar en ella de un modo muy brusco; antes por el contrario debe tener cuidado de dejarse ver un instante y de hacer sentir su presencia llamando á las aves y enseñándolas desde fuera nuevas yerbas, granos y otros alimentos antes de abrir la puerta.

Para alegrar un poco á las aves se puede, ocultándose de su vista y guardando el mas profundo silencio, hacerlas oír de cuando en cuando el sonido del organillo y sireas agudas dulcemente ejecutados con el caramillo, y entonces se goza con su sorpresa. Pero cuando se quiere realmente dar á las aves lecciones con estos instrumentos, es necesario meterlas en jaulas separadas que se cubren con una tela muy ligera, y se colocan durante quince dias en un paraje retirado y silencioso, teniendo cuidado de llevarlas comida lo ménos para dos dias á

fin de incomodarlas lo menos posible. Al concluirse los quince días se reemplaza la tela ligera con otra mucho mas sombría y espesa que les deje en la mas completa oscuridad, y entonces es cuando el ave está mas dispuesta á responder á los esfuerzos que haceis por enseñarle los aires de vuestro instrumento: teniendo cuidado de no ejecutar los primeros días mas que algunas medidas que se repetirán con frecuencia todos los días hasta que os responda, y aumentándoles en seguida según las disposiciones de vuestra educanda.

JAUJAS Y PAJARENAS.

Hay aves que viven muy contentas con otras en las pajareras, y las hay que quieren estar en jaulas separadas. Es muy difícil señalar límites á estas dos clases de aves, porque un individuo de una especie sufrirá con mucha facilidad la pajarera, cuando otro de la misma especie estará en ella muy disgustado.

Casi todas, salvo algunas excepciones, indicamos como á propósito



para vivir juntas en pajarera las aves siguientes: el jiguero, el oropéndola, el pardillo, el canario, el pinzón, el pilirojo, el colorín, el reyezuelo, el verdéron, el colibrí, el gorrion.

Y tambien indicamos, salvo algunas excepciones, como á propósito para estar encerradas en jaulas separadas, alruiseñor, la alondra, la codorniz, la tórtola, la perdiz, el mirlo, el cuclillo, la golondrina, el cuervo, la corneja, la urraca y el guilvan.

COLECCION DE HUEVOS DE AVES.

Para conservar en coleccion los huevos de las aves es necesario prepararlos de la manera siguiente: se hace con un alfiler muy delgado un agujero en la parte superior del huevo, es decir, por el lado que es mas estrecho, y con una aguja ó un alfiler mucho mas gordo que el primero otro agujero mas grande en la estremidad opuesta. Soplando algun tiempo sin pararse por el lado del agujero mas pequeño sale en seguida por el otro la clara del huevo, y las pequeñas partículas que no hayan salido se sacan con facilidad con un alfiler un poco doblado: y cuando los huevos estan del todo limpios se los deposita en tarros de vidrio entre capas de salvado, escribiendo en la tapa el nombre del ave que ha producido el huevo que contiene.

Como los huevos de la pajarera no son suficientes para formar una

gran coleccion, es necesario ir á buscar huevos en los matorrales, en los prados y en los bosqueques; y como realmente no tenemos ningun órdi ó instrumento especial que indicar á nuestros amigos para cogernos, les diremos que el mejor medio de coger muchos es tener paciencia para buscarlos.

AL EXCMO. SEÑOR

DON EVARISTO SAN MIGUEL,

SALVADOR DE LA LIBERTAD.

Alguno habrá que con Jorjia lira
Cuando sus corales diamantinas viles,
Conte mas grato; pero no mas libre.

PLACÓN.

Deten, oh tiempo, tu inmortal corriente,
Y refleja en tus aguas nuestra gloria;
Que en la pasada edad ni en la presente
Otro pueblo alcanzó mayor victoria.

El trono que elevó la tiranía
Sobre la tumba de la yerta España,
Cayó, cual cedro que al renit subia,
Al airado temblor de la montaña.

Desplomado cayó con golpe rudo,
El reptil de su tronco se apodera,
Y su ramaje, de verdor desnudo,
Destina el leñador para la hoguera.

Hoy al guerrero trueno y al gemido
Que el eco temeroso ensordecia,
Los cantares de triunfo han sucedido
Y el alegre clamor de la alegría.

Y aun el llanto en los párpados suspenso,
El pueblo, admiracion de las edades,
Va presuroso á presentar su incienso
Al altar de sus nuevas libertades.

Bardos, templad la lira armoniosa,
Himnos de triunfo estremecida vibre,
Que brotará la inspiracion copiosa
Cual deshelada fuente el pecho libre.

Yo á tí, héroe digno de la edad pasada,
Dedico el tanto de la lira mía;
Si ruda gime y cruje destemplada,
El entusiasmo la dará armonía.

Puede el genio infernal de la tormenta
Los mares irritar; puede lanzarlos
Sobre la playa en cólera violenta;
Solo el dedo de Dios sabe calmarlos.

Eso lograste tú, que de la plebe
Has sabido calmar el justo encono
Con sola una palabra; á tí te debe
El pueblo libertad, la reina un trono.

¿Sabes por qué? Porque jamás tu paso
Siguió de iniquidad la oscura senda;
Y astro de paz llegaste hasta tu ocaso
Sin que una nube tu esplendor ofenda.

Porque nunca tu pluma ni te espada,
Que ambas gloriosamente maneñaste,
A la maldad al solio levantada
Por un solo momento dedicaste.

Porque á tí, de virtud glorioso ejemplo,
En nuestra edad de corrupcion se admira
Como entre las ruinas de un gran templo
Sagrada imágen que respeto inspira.

Feliz tú. Has sido el iris de bonanza
Que el cielo á nuestras glorias hermosea.
La ardiente juventud es tu esperanza...
¡Que siempre digna de tu afecto sea!

Y que diga admirando nuestra historia
La venidera edad con regocijo:
« El la senda trazó, suya es la gloria;
Patria feliz la que logró tal hijo! »

PABLO GÁMBARA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario Pintoresco, á cargo de D. G. Allambra.